

# José María Jover Zamora. *In memoriam*

Elena Hernández Sandoica  
Universidad Complutense de Madrid

José María Jover (Cartagena, 1920-Madrid, 2006) nos dejó definitivamente a mediados de noviembre de 2006, tras un periodo de alejamiento de la vida académica forzado por la enfermedad. Su pérdida ha ido haciéndose desde entonces más cierta y más real, en tanto se disipa la tristeza por no haber llegado a despedirnos de él muchos de quienes fuimos sus discípulos.

Desde 1994, al concluir su segundo periodo como profesor emérito en nuestra Universidad Complutense, su figura adquirió aún mayor proyección exterior, y muchas de sus actuaciones quedaron recogidas en las notas, de María Victoria López-Cordón o Juan Pablo Fusí, que publicó la prensa diaria en su momento, lo mismo que en un emotivo texto de Francisco Abad. Yo quisiera aquí en cambio —mitad homenaje generacional al maestro que *don José María* fue y de nostalgia por un tiempo perdido—, trazar una semblanza de José María Jover en el momento pleno de su madurez, cuando quizá más exigente se mostró ante el entorno. A la petición de escribir sobre él<sup>1</sup>, responderé, por tanto, con lo que creo yo saber de aquel Jover que ejerció como catedrático entre Valencia y Madrid, y que lo hizo con la categoría profesional y humana que transmitían ya al primer encuentro, casi siempre sonriente, su inteligente intuición y su conversación inquisitiva y ágil.

---

<sup>1</sup> Agradezco muy sinceramente a Carlos Forcadell y, en general, al Consejo de Redacción de la revista *Ayer* no sólo el encargo de estas notas, sino, también, la paciencia demostrada en la espera.

Si de algo vale la distinción de Kierkegaard entre la historia *externa* de una persona —la que culmina, dice, en un resumen clarificador— y aquella otra *interna*, cuyos momentos sueltos, por pequeños y diversos que sean, desvelan los contextos que ilumina el tiempo, ojalá sirva este recuerdo mío para contribuir a poner de relieve la vigencia de la persona y obra de Jover, accesibles las dos a nuestros coetáneos por su transparente humanidad.

1. En un entorno profesional animoso (entré a formar parte de él en abril de 1976), y una universidad de cuyas limitaciones objetivas nada sabíamos entonces, la presencia de alguien como José María Jover volvía extraordinario el día a día. Le agradecemos siempre, desde el principio, aquel trato cortés con que guiaba las relaciones entre todos nosotros: Pepe Sánchez Jiménez, José Urbano Martínez Carreras, Charo de la Torre, Maite Menchén y Guadalupe Gómez-Ferrer estaban junto a él, ligados a su persona de una manera tan grata como difícil de explicar a los demás, trabada y sólida. En aquel momento, Jover acababa de obtener —por traslado desde el vecino Departamento de Moderna— la cátedra de Contemporánea Universal de la Complutense que dejara Pabón. Había estado incorporado a aquél desde el año de 1964, cuando se había mudado a Madrid desde Valencia.

Puesto que en Valencia había ejercido una cátedra con doble denominación (*Moderna y Contemporánea*), Jover llevaba tiempo trabajando en el siglo XIX —y siguió haciéndolo aunque la cátedra primera que obtuvo en Madrid correspondía sólo a *Moderna de España*—. Por eso el paso al Departamento de Contemporánea constituía la ocasión de dar mejor encaje a sus investigaciones y fomentar las de sus doctorandos, que exploraban el campo de la literatura tanto como el de la política exterior y, a veces, se iniciaban en la historia social. Algunos de ellos (Ángel Bahamonde y Antonio Morales, Esperanza Yllán y Gloria Nielfa) pasarían antes o después a obtener lo que entonces se llamaba *encargos de curso*, en una Facultad de Historia muy activa, y cuyo explosivo interés por la Contemporánea iba ligado estrechamente al clima político y moral de la Transición. Muchos años después sigo sintiendo como algo muy íntimo, irrefutable, que el buen ambiente que entonces disfrutábamos se debía, en parte sustantiva, al estilo con que Jover imponía sus reglas, a su manera respetuosa y firme de asignarnos espacios y repartir papeles, ajeno a los paternalismos y reacio a incitarnos a la competición.

En 1974 había publicado el que sería uno de sus textos más manejados y citados, el magnífico artículo «El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)», que aparecía como una introducción al libro colectivo *El siglo XIX en España, doce estudios* (Planeta), donde se recogían resúmenes de tesis y tesinas bajo su dirección. El ensayo tenía la virtud de comentar, marcándolas como líneas rectoras de la investigación, la práctica totalidad de las temáticas vivas para el XIX, recorriendo la floración historiográfica reciente que daba cuenta de un periodo hasta entonces maldito. El balance ofrecido por Jover, optimista y completo (142 densas páginas) ofrecía al lector tanto una propedéutica para la investigación como una argumentación emocional avalada por su autoridad científica. Muchos investigadores jóvenes seguirían esas líneas después, desplegando ideas-fuerza sobre las que el propio Jover había elaborado, ya en 1961, un breve texto en inglés, y sobre las que de nuevo volvería, poco después, en una importante conferencia, «Corrientes historiográficas en la España contemporánea». El libro publicado por la Fundación March que la incluye (*Once ensayos sobre la historia*, 1976) se convirtió en vademécum de todo historiador.

En torno a la figura de Jover se establecía una tensión constante de alerta intelectual —propia de los maestros—, como un estímulo colectivo no exento de emoción para estar a la altura de sus expectativas y exigencias. Exigencias que Jover iniciaba por sí mismo, preocupado por la calidad de su escritura y la expresión oral —mil veces retocada la primera, con una inolvidable Montblanc de tinta negra...—. Con tacto, pero con energía, la exigencia alcanzaba a los demás de una manera diferenciada y hábil, sin posibilidades de escapar. La retadora carga de ironía de su conversación (a veces la mordacidad) nos harían más rápidos en la respuesta. Todos fuimos conscientes de que era un privilegio compartir aquel tiempo. Acabábamos de abrazar la democracia —la estábamos volviendo realidad—, y poco más podíamos pedir. A su lado fuimos haciéndonos *un poco más* nosotros mismos, mientras aprendíamos —sin esperar gran cosa—, y posiblemente recibíamos cada uno lo que más necesitó. Para todos nosotros, supo arbitrar Jover un margen de libertad intelectual que, si hizo más insegura la vida académica, compensó la incertidumbre con un extenso capital cultural: en lecturas, en métodos de trabajo, en descubrimiento de temáticas, simplemente en el gusto por la conversación, era algo tan preciado que nadie habría querido cambiar...

Hace ya treinta años que a Jover sigo agradeciéndole personalmente que insistiera en hacerme un hueco en la universidad, ofreciendo lo que advirtió sería «una prueba sin garantías de continuidad». Era un Departamento con dos cátedras: la de Palacio y la de Jover (España y Universal); y a mí, que procedía de Historia Antigua, me parecía problemático aceptar colaborar en la segunda, por lejanía e incapacidad. El azar me fue entonces persuasivo: con gracejo y humor, insistiendo en que seguramente habría «algo bueno» que compensara «arriesgar» mi futuro, me sugirió tareas que a mí me parecieron muy complejas. A medida que ha ido pasando el tiempo, me cuesta mucho menos comprender su interés por escrutar la letra de los estudiantes, aunque sigamos bromeando alguna vez (con Charo, con Alicia) sobre cómo sacaba el maestro conclusiones, que entonces nos parecían desmedidas, sobre su inteligencia y su tesón.

Jover *lo sabía todo* —eso nos parecía—. Le acompañábamos a clase y después del café «picábamos» los documentos para clase que había que «tirar» en la multicopista, o hacíamos trabajos de clasificación y biblioteca, fichábamos los libros y revistas. Nos sentíamos cómodos ante su cercanía, que disfrutaban más sus ayudantes, claro, pero que también nos llegaba a los becarios (Julia, Juan Carlos y José Fernando, además de yo misma un poco antes). El cambio de puesto o de contrato al que accedimos, de un modo u otro (adjuntos primero y, después, titulares J. Urbano y J. Sánchez, el resto de momento «encargados»), suponía la responsabilidad de cursos completos —la mayoría en el turno de noche—. Y eso fue lo peor para mí cuando me tocó (¡tan pronto!), la pérdida de aquellos ratos estupendos por la mañana, llenos de su cordialidad. Pero en fin, todos sin excepción vigilábamos juntos los exámenes, a los que nunca faltó el propio Jover. Eran complejos, larguísimos ejercicios —que rematabamos cenando juntos—, tan pensados y discutidos como el propio programa de la asignatura que, tres horas solamente a la semana todo el año, el maestro debía impartir. Cuatro horas de encierro, a veces cinco, mientras cuidábamos grandes aulas repletas, ofrecían un tiempo propicio para charlar en grupo mientras «patrullábamos», como decía. Conversación a veces divertida, que regía no solo su saber, sino un afecto y una proximidad de los que, de repente, vino a privarnos su jubilación, que llegó por sorpresa en 1985.

La orden ministerial iba a apartarlo de la licenciatura recién cumplidos los sesenta y cinco. Desde 1979 enseñaba también en la Escue-

la Diplomática, que dejaría asimismo en 1986 con la satisfacción de ver afianzado su deseo de inscribir a España en la historiografía de las relaciones internacionales y la política exterior. El Colegio Libre de Eméritos desde 1989 (y su propia condición de emérito complutense también, entre 1987 y 1994), además de la Real Academia de la Historia (electo ya en 1978, no leyó sin embargo su discurso de ingreso hasta 1982), ésas serían las nuevas plataformas en que Jover brilló. Pero en las que ya no todos nosotros, ni en la misma medida que hasta entonces, tendríamos sistemático ni cotidiano acceso.

2. En ocasiones, aunque no demasiadas, Jover hablaba de su experiencia en la universidad. De aquella etapa de estudiante en Murcia (1939-1940), aun en la oscuridad de la Guerra Civil, con la penuria intelectual de un espacio literalmente violado (él no lo decía así) por el vencedor. En Madrid, donde se licenció en 1942, dulcificaban el recuerdo sus maestros Antonio de la Torre y Cayetano Alcázar. En su discurso para la investidura de doctor *honoris causa* por Murcia —la primera universidad que lo nombró, ya en 1985 y en vísperas de su jubilación—, Jover rememora esos mismos relatos que nosotros le escucháramos antes. En cambio, hablaba poco de las *oposiciones* y su vivencia de ellas: un pequeño consejo, alguna frase (y no del todo clara) a propósito de lo que podíamos esperar... En momentos difíciles —un fracaso de alguno de nosotros que no pudo esquivar—, lamentaría el procedimiento, su inevitable coste. Más de una vez se quejó, sin embargo, de la escasa frecuencia con que su nombre salía en los sorteos para los tribunales: hasta finales de los años setenta, creo que solo en dos.

Más tarde, entrevistado por Antonio Morales, queda narrado el momento biográfico en que llegó Jover a descubrir su vocación de historiador, con la experiencia clave de la guerra, algo que también nosotros le escuchamos a veces. Con 16 años recién cumplidos en el verano de 1936, la Guerra Civil («ese inmenso trastorno moral»), la brecha en las familias, hicieron que Jover ya no quisiera estudiar para médico, como su padre, sino que decidiera ser historiador. Si nunca quiso afrontar directamente el 36, conocía canciones y cosas de la guerra que le escuché a él por primera vez, y a veces elegía temáticas indirectas, biografías partidas por la herida cainita —como Sender y su *Mr. Witt...*—. Aquel que estudie las guerras, nos dijo más de una vez, debe forcejear con el «distanciamiento emocional» mientras bucea en las morales colectivas, los mecanismos sociales de «civilización» y los

esfuerzos apaciguadores de la diplomacia; y debe hacerlo con liberalidad. Ésa fue su manera de acercarse a la paz. Algunas de nosotras (en especial *nosotras*) recordamos a veces aquel Sábado Santo de 1977 en el que Suárez legalizó el PCE: habíamos quedado en vernos esa tarde, estábamos contentos, y Jover se sabía *La Internacional*.

Escribió sobre las guerras de «Sucesión» y de «Independencia», y más tarde otros textos, «En el ocaso del siglo XX: reflexiones sobre la guerra», en el *Homenaje a Emilio García Gómez* que publicó la Academia en 1993, o conectando la perspectiva internacional con la imagen del aislamiento exterior de España, «La percepción española de los conflictos europeos», en la *Revista de Occidente* en 1986. En este campo, como en los demás, reelaboró Jover ideas recurrentes que se hicieron en él cada vez más complejas. Al final, iba a redondearlas en torno a su preocupación por la «nación», empeñado en mostrar la trascendencia de lo que se entendería por *España*.

Jover utilizaba un marco conceptual nada pretencioso; y por ello eficaz. Creía que la participación popular en los conflictos civiles les otorgaba, por sí misma, un componente moral o especie de legitimidad democrática, una idea muy marcada en su obra histórica. Igual en las conversaciones con nosotros, donde afloraba con frecuencia su idea de *civilidad* o «humanidad», adaptación del término «civilización» que tomó de Altamira y fundamentó en las novelas de Galdós. Deslumbrado sucesivamente por otras lecturas, nos acercaría también a Maurice Crouzet y Norbert Elias, mientras ligaba *cultura* con *moralidad* y ambas con el *liberalismo* nacido en nuestro propio suelo, una corriente de acción y pensamiento cuya «españolidad» siempre gustó Jover de destacar.

Defendía con energía que, a pesar de los envites soportados, la «tradición liberal» —la nervadura del nacionalismo español— constituía un elemento auténtico de «conciencia histórica». Su afán por acercarse a la historia de Portugal y al iberismo encajaba en ese mismo marco. Esa veta, tan *nuestra*, acababa siempre aflorando a su entender, como emblema de la historia común y exponente de sus mejores gentes. De la novela realista y liberal-democrática extraía perfiles, situaciones o «modos de sociabilidad», como diríamos hoy. De la incipiente historia de la ciencia española —sobre todo a mediados de los años setenta—, importaría criterios para ir armando su interpretación sociocultural, basada en el positivismo científico y el krauismo, de la España liberal.

De las visiones del liberalismo español que presenciaron las décadas de 1970 y 1980, Jover eligió (y él mismo contribuyó a conformar) la democrática. Y ello a pesar de su admiración, antigua e imborrable, por el pensamiento historiográfico de nuestro más insigne conservador, Antonio Cánovas del Castillo. Queda prueba de ello en muchos de sus escritos, entre ellos el prólogo al libro de Esperanza Yllán y, más aún, en vísperas de la evocación centenaria de 1898, en su estudio de los manuales escolares de la Restauración para el colectivo *Cánovas del Castillo y su tiempo*. De su predilección liberal-democrática nacería, así pues, su atracción por el Sexenio (de «revolucionario» a «democrático» en su definición) y la debilidad que siempre sentiría por sus hombres de acción y los epígonos del republicanismo. A él le oí por primera vez hablar de Labra, de Torres Campos, de Tubino, de Manuel María del Valle o de Manuel de la Revilla, como protagonistas de un reformismo liberal que acabaría mostrándose «imposible» bajo el régimen de la Restauración. Enseguida creí entender que ello era debido a los intereses de Ultramar.

En torno a la Gloriosa —crisol de perspectivas de transformación— escribiría Jover textos hermosos, bajo la impronta de su vertiente ética. «1868. Balance de una revolución» (que apareció en *Cuadernos para el Diálogo* al conmemorarse el centenario, y se reeditaría en 1976) es una de sus pocas concesiones a la divulgación. Los estudios que a su juicio «resistían» mejor habría de agruparlos tras su publicación primera en libro. *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX* (Turner, 1976) sigue siendo un exponente hermoso, casi perfecto en su equilibrio, y muy significativo del momento en el que apareció. A Jover le complacía posiblemente más sin embargo otra de sus recopilaciones, *La civilización española a mediados del siglo XIX* (Espasa, 1992), que volvió a editar parcialmente en *Historia y Civilización* para su investidura valenciana en 1992 (el libro apareció en 1997, en edición cuidada por M. Baldó y siendo Rector P. Ruiz Torres).

Su gran preocupación, el «ser de España» —que siempre relacionó con su idea de «conciencia histórica»—, tiene un texto emblemático en «Caracteres del nacionalismo español, 1854-1874» (empleado más tarde por otros sin cuidar demasiado su original contexto de producción, lo mismo que sucede seguramente con otra pieza clave de Jover, «Caracteres de la política exterior de España»). Incluido aquél en *Posibilidades y límites de una historiografía nacional*, miscelánea de

la Goerres Gesellschaft (1983), con el paso del tiempo le invadiría a Jover la sensación de que iban desgastándose las bisagras de aquel «ser de España» que él vinculaba a la «conciencia histórica»; y de ahí su preocupación cada día mayor por la enseñanza media y el papel de la Historia como uno de sus pivotes principales. La tensión se haría explícita en escritos tardíos, como «Restauración y conciencia histórica» (incluido en *Reflexiones sobre el ser de España*, que editó la RAH en 1997). Fue ésa también la línea de su pensamiento que más exploraría, en aquel fin de siglo, el discípulo Antonio Morales Moya, en conversaciones con el maestro aparecidas primero en la *Nueva Revista* (1996) y, tres años después, como introducción dialogada al recopilatorio *Historiadores españoles de nuestro siglo*. Una parte importante del interés del propio Morales por la historia del nacionalismo español se orienta desde ahí (o en convergencia con) ese foco decisivo. En cierto modo su *lectio valentina*, al recibir el *honoris causa* en 1991, resume bajo el rótulo de «Conciencia histórica y formación ciudadana» muchas de sus preocupaciones permanentes en este orden de cosas.

A mi modo de ver, ahí sí puede situarse un viraje perceptible. Lo que había comenzado en Jover siendo un intento de mostrar una España europea como «normalidad» (a pesar de apariencias y resistencias del pasado reciente), lo que el joven historiador inició en la España de Franco como esfuerzo imponente por destacar el contexto europeo occidental de nuestra historia (ésa es la idea motriz de «La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras de liberación, 1808-1814», contribución publicada en 1958 en el volumen colectivo *La guerra de la Independencia española y los sitios de Zaragoza*), se iría tornando con el paso del tiempo en declarada y abierta preocupación por definir los rasgos más concretos, distintos y específicos del «modelo» español. Y con más tiempo aún, ese modelo lo iría viendo Jover más cerrado, menos «exportable», a medida que iba creciendo su afición por la comparación.

Solía extenderse en comentarios sobre aquello que andaba escribiendo, varias cosas a la vez. De proyectos hablaba mucho, y en su despacho siempre había muchas carpetas, rotuladas con cuidado y en envidiable orden. Comentaba los libros viejos del Rastro madrileño lo mismo que las novedades que acababa de comprar o recibir. Escribía sin prisa, con voluntad de estilo, incluso con obsesión etimológica. Tardaba en despachar los textos a la imprenta (y eran muy largos por



lo general). Escribía a máquina directamente —muchos entonces no sabíamos aún—, en una pequeña Olympia de letra chica, corrigiendo sin piedad pruebas de imprenta y originales mecanografiados: textos que iban y venían, dándolos a leer y, en algún momento muy concreto, ofrecidos a la colaboración. Un ejercicio doble, de confianza y de magisterio, aquel dar a leer lo que había escrito. Y no digamos su generosa oferta de emprender un trabajo a medias: cuando me propuso escribir sobre *La paz de Utrecht* para la Historia de España Menéndez Pidal que él dirigía ya desde hacía una década, no llegué a darle crédito, ni siquiera cuando vi que me daba por bueno, con el solo añadido de unos cuantos párrafos y notas, lo que yo aún consideraba borrador.

3. La impresión de Jover que prevalece para la mayoría de nosotros, con todo, es la de su talla como profesor. Fue excelente aquel curso de *Historia Moderna de España* (1973-1974) en que tuve la suerte de tenerlo, y lo sería después en la materia de *Contemporánea Universal*. Lo mismo cuentan de él quienes lo conocieron en Valencia, donde enseñó desde 1949 hasta 1963-1964, y donde mostró un dinamismo profesional grande (cortas estancias en el extranjero y gestión también como vicedecano). Su primera docencia sin embargo, como otros tantos de su generación, se había dado en la Escuela de Comercio, dos años antes de leer su tesis. Con ella leída, en 1947, fue por dos años ayudante de Cayetano Alcázar, mientras tenía beca en el CSIC. En diciembre de 1949, tras las oposiciones y con la tesis publicada ya, iría a la cátedra de *Historia Universal Moderna y Contemporánea* de Valencia, desde donde exploró las dos vertientes. Son muchos los historiadores valencianos que guardan aún un rastro importante de Jover, ya sea en Moderna o en Contemporánea, como entre otros recuerda M. F. Mancebo. Si no una escuela propiamente dicha, su estímulo alimenta a quienes se reclaman sus *nietos* académicos (como los bautizó Pérez Garzón), y es fácil reconocer ahí aquel estilo de formación de historiadores —lecturas, comentarios, seminarios— que coincide, en Madrid, con nuestra propia experiencia posterior. De su paso por Valencia data también, aunque fuese ya al final, aquel utilísimo y durante mucho tiempo insustituible «clásico»: el manual que Ubieto, Reglá, Jover (y luego Seco, con el siglo XX) escribieron para Teide en 1963. En la editorial Rialp, y en el tránsito entre Valencia y Madrid, se había editado otro de sus títulos más citados: *Carlos V y los españoles* (1963), edición en volumen de tres artículos en los que di-

luía perfiles (demasiado seguros a su juicio) de la imagen dominante del emperador. Tanto en Valencia como en Madrid, finalmente, tuvo Jover vinculación con el CSIC, primero a través de la Escuela de Historia Moderna y después del Instituto Balmes de Sociología.

Hoy puede hallarse con facilidad su tesis doctoral (1635. *Historia de una polémica y semblanza de una generación*). Una edición facsímil fue prologada, en 2003, por su discípula López-Cordón. Allí se preguntaba por mutaciones en la percepción del poder y la opinión. Le había chocado, dice en la introducción, ver en la Biblioteca Nacional tantos «panfletos» en defensa de la monarquía que datan exactamente del mismo año, 1635. Dominaba el ambiente intelectual de la segunda mitad de los cuarenta el estudio sobre generaciones de Laín, a quien citaría entonces profusamente junto con Maravall y su texto sobre pensamiento político del barroco, aparecido en 1944.

En los años siguientes Jover publicó estudios de gran finura estilística y analítica. Fue en Roma en 1955, en el X Congreso de Ciencias Históricas, donde se le ocurriría entregarse a renovar la historia diplomática. Allí mismo inició una polémica con Vicens a propósito de teoría de la historia y su metodología, que le mereció el calificativo, no bondadoso entonces, de «culturalista», si bien más tarde sería el propio Jover un defensor del concepto francés de «mentalidad» (que él acercaba a «cultura popular»), una herramienta que antaño discutiera.

Por otro lado, su aprecio por Laín desde los mismos años cuarenta lo llevaría a mostrar interés por la ciencia y su historia. En 1974, en la *Historia Universal de la Medicina* que aquél dirigió para Salvat, se incluye una «Visión sinóptica de la cultura del positivismo» a cargo de Jover. Ése sería también el tema estrella de alguna lección de doctorado durante más de un curso. Es difícil, con todo, separar esta veta de su obra y enseñanzas de aquella vocación, ampliamente social, que volcaría Jover en la novela, su lectura y su análisis. Antes que nada, ahí está *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea* (1952, 1956 y, antes, brillante conferencia en el Ateneo de Madrid), que reveló cómo Jover se movía con la misma soltura en la historia contemporánea que en la moderna. Su opción por una u otra, probablemente, no obedecía a ninguna alternativa en superficie, sino a un reparto de papeles en su propio interior: le interesaban de la edad moderna las ideas y marcos ideológicos (como a Cánovas, claro, que tan presente estaba en su propia reflexión sobre el poder) y, a su vez, de la edad contemporánea le fascinaba el cambio y sus resistencias.

Sentía Jover una piedad auténtica hacia los protagonistas particulares de la transformación, los sectores intermedios y clases populares. Las clases medias saldrían vencedoras, pero a tan alto precio y con un deterioro de valores tal —eso creía—, que ellas mismas tendrían que pagar la peor parte. *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX* es la compacta recopilación en que encontrar ejemplos significativos, lo mismo que «En los umbrales de una nueva edad», el prólogo que escribió para el tomo XI de la *Historia Universal* de Walter Goetz (1968), quizá uno de sus textos menos leídos, y que sin embargo refleja sus inquietudes sobre el cambio histórico en la época de la plenitud modernista de Jover. En otros muchos escritos posteriores volvemos a tropezarnos con el tema: con la idea de las generaciones en el centro; ahí está por ejemplo «De la Ilustración al 98: cambio político y cambio generacional», incluido en un volumen colectivo (*Cambio generacional y sociedad*, 1978).

Como otros muchos que poblaron la agitada universidad madrileña de la primera mitad de los setenta, puedo asegurar que no era Jover de aquellos profesores a quienes, casi por rutina, las asambleas y las concentraciones les impedirían enseñar. La normalidad académica se rompía siempre a media mañana, como es sabido, y eso nos permitía «descubrir» antes del mediodía, con Jover, una *historia social* que hasta ahí no solía haber aparecido en los programas. Todavía en Moderna, y con la entrega de Gutiérrez Nieto, en sus cursos conocimos a Domínguez Ortiz, Luis Díez del Corral y José Antonio Maravall, a Jean Sarrailh y Richard Herr, a un muy joven Artola y a Hans Juretschke... Autores que consultábamos todavía en la, entonces tan bulluciosa como siempre bonita, biblioteca del «edificio A», y que nos acercaban al mundo de la sociedad estamental y las respuestas populares tanto como a las ideas ilustradas y el liberalismo. En aquellas clases escuchamos muchos también por vez primera —como cuentan que pasó en Valencia— el término «revolución burguesa». De su discurso hablado, evocaré el aparente descuido con que el profesor Jover levantaba la vista del papel para, hacia la ventana, dejar caer su frase mágica: «Miren ustedes...».

Nos acercaría —recuerdo haber ido a ojear su tesis esta vez en la biblioteca del CSIC, por no hallarse en la de la UCM— a una de sus estrategias sugestivas: el cruce entre historia política e historia intelectual que, en el etiquetaje del momento, él prefería llamar «historia del pensamiento». La originalidad de *1635. Historia de una polémica*

y *semblanza de una generación* (defendida en 1947 y editada en 1949) y otro texto de su autoría, «Sobre los conceptos de monarquía y nación en el pensamiento político español del Barroco» (¡qué difícil fue entonces hallarlo, publicado como estaba en los *Cuadernos de Historia de España* que dirigía Sánchez Albornoz en Buenos Aires!) nos advertía sobre los mecanismos del poder y la retórica. Y de paso aprendíamos, en todo este tránsito de iniciación, que los historiadores *nunca* podemos invocar, a la hora de argumentar las interpretaciones, que nos falta una sola pieza, un documento o un artículo... por no haber sabido encontrarlo.

4. Si la experiencia del último curso de la licenciatura con Jover fue una sorpresa, la prolongación en los cursos de doctorado era algo que los estudiantes procurábamos ya con interés. Por fortuna, la libre elección de seminarios que entonces nos regía los hacía accesibles para cursantes de muy distinta opción. Escogíamos el suyo aunque las clases fuesen, como aquel año, los viernes por la tarde. En el año académico de 1974-1975, en ese doctorado que fue el mío, con el más absoluto rigor, la política y el mundo de las ideas —eso que hoy llamamos su «reproducción»— regían el programa centrado en el Sexenio y la Restauración, que incluía por nuestra parte una exposición oral bajo la férula de su implacable crítica.

Las Antillas, la relación estrecha entre la Península y América y, en definitiva, la relación entre política colonial y política exterior protagonizarían aquel curso que recuerdo magnífico, a pesar de trabar conocimiento con los ácaros de la Biblioteca Nacional. Muchos de los asuntos que fueron parte de mi propia tesis doctoral desfilaron entonces, centrados o insinuados por Jover en aquellas sesiones de dos horas. Y muchas de las tesis que dirigió, antes o después de aquel momento, pasaron por allí, bien como idea o bien como proyecto. Charo de la Torre insiste siempre en que su propio estudio de los tratados del 98 y la consideración especial de Gibraltar parten de una documentación que Jover recogió personalmente y no iba a utilizar.

Administró muy bien José María Jover la combinación de información (reunía datos de fuentes variadas que clasificaba y reordenaba periódicamente) con la inspiración novedosa que obtenía de lecturas diversas. Para aquel momento, y dentro de su preocupación por la temática sociocultural, esas influencias provenían de autores básicamente ingleses y franceses, algunos de ellos en relación —directa o indirecta— con la interpretación marxista de la cuestión colonial. Lo

que iba a ser el breve pero importante texto 1898. *Teoría y práctica de la redistribución colonial* (publicado por la Fundación Universitaria Española en 1976 y en el que Jover saltaba sobre las interpretaciones anteriores de Jesús Pabón para encajarlas en sus nuevas lecturas del imperialismo británico) apareció ya *in nuce* en aquellas tardes del doctorado. Tardes que empezaron con frío y acabaron en mayo, y que, con algo de nostalgia, veíamos concluir. Un año más tarde, redondeando esas sesiones para alguna conferencia, aquel famoso artículo de Salisbury sobre «naciones moribundas» y «naciones vivas», que exploraríamos en primicia, iba a integrar ya de manera estable las preocupaciones de Jover (lo volvería a traer en 1995, al tomo XXXVIII-1 de la *Historia de España*).

Y es que en el doctorado entregaba lo mejor de sí mismo: sólidamente armado con el contexto internacional que para el imperialismo le brindaba el libro clásico de William L. Langer —por temporadas, otra obsesión—, concedía también atención exquisita al proyecto inconcluso de Federico Chabod (*Le premesse*), un autor al que posiblemente consideró Jover más importante —metodológicamente hablando— que al francés Renouvin (pronto traducido sin embargo al castellano, y por eso recomendado con afán por él mismo). Allí nos haría igualmente imprescindible la lectura de Antonio Truyol y, no quisiera olvidarlo, nos hablaría de aquella decisiva reseña de Juan José Carreras en *Hispania* (1969) a propósito del alemán Hans Rosenberg y su *Gran Depresión...* Se entusiasmó, finalmente, con Eric Hobsbawm —todo un descubrimiento para su asignatura principal, al que la edición de Guadarrama hacía asequible— y enseguida con Tuñón, sintiéndose su amigo. Ello sin dejar de manejar colecciones como la *Nueva Clío* y, solo unos pocos tomos en castellano entonces, la mucho menos ágil *Peuples et Civilisations*.

Como docente lo apreciamos siempre los estudiantes; incluso en los años duros, de «selección» ideológica y juicios políticos. Y no era sólo por su modo de pensar liberal o lo que nos mostraba (un día a Febvre junto con Braudel, y otro día a John Elliott; y lo mismo a Arnold Hauser que a R. O. Paxton, esta vez en inglés, o a Mandrou, a Barraclough, a Oliveira Martins y a L. Mumford). No era sólo por acercarnos hasta Lampedusa y hacernos habitar en Madame Bovary por lo que le atendíamos en clase, más que a otros... Era también la naturalidad *profesional* con la que, junto a los maestros consagrados y los clásicos, se nos daba noticia de historiadores jóvenes y/o de otras

especialidades: del Derecho (como Tomás y Valiente o Benjamín González), o la Literatura (como P. Vázquez Cuesta), o la Medicina (como Laín, López Piñero o los Peset). Había que mirarle más de cerca, con todo, para percibir los matices de la cortés relación con sus colegas y en ocasiones la cordial amistad, como la que le unió a su sucesor en la cátedra de Moderna, José Cepeda Adán.

Largas bibliografías fueron siempre las suyas. Y también los programas, que cuidaba al milímetro y cambiaba (por partes) cada año, como un repertorio actualizado de cuanto un estudiante serio y cumplidor —eso sí, en grado alto— *debería saber*. Contenían instrucciones muy complejas para desarrollar lo que llamaríamos ahora «aprendizaje», aunque conducían al estudiante a examen casi sin remisión. Más de una vez autorizó a llevar a ellos fichas y materiales con los que trabajar a lo largo de horas, sin límite de papel... Sigo pensando que aquel era un buen sistema; no idóneo para la media estándar del estudiantado, posiblemente, pero quizá el mejor para distinguir.

5. La vocación por la historia de la política internacional (y más tarde por las relaciones internacionales, a la luz de la escuela francesa), así como la atención al pensamiento político y la opinión pública, estaba ya presente en aquella su tesis doctoral que dirigió don Cayetano Alcázar. El duradero énfasis lo desplegó Jover de manera directa —muchas de sus contribuciones a la *HEMP* así lo muestran—, lo mismo que en su función como director de investigación, muy amplia y duradera. Yo le guardo, naturalmente, un especial cariño a *Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijoo* (Oviedo, 1956), que fue la base para el texto del tomo XXIX que firmamos los dos. Pero seguramente fueron sus *Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX* los que marcaron un modo de hacer —una impronta de escuela— que hace reconocibles a sus discípulos. En 1999, la editorial Marcial Pons recopilaba algunos de esos trabajos (*España en la política internacional, siglos XVIII-XX*), decisivos en el gozne entre relaciones internacionales e historia de la política exterior que inspiró también su discurso para el premio internacional de la UIMP en Santander (2000), titulado «Hacia una inflexión en la historia de las relaciones internacionales».

Ese interés se había incrementado y sistematizado, lógicamente, al incorporarse a la Escuela Diplomática, donde enseñó desde 1979 hasta 1986, hallando aún tiempo para dar a la luz muchos de los que primero fueron apuntes. Algunas de las lecciones de la Escuela están gra-

badas en soporte audiovisual y las conserva la Fundación Albéniz. A la Academia de la Historia, a la que se incorporó en 1982 y que abrigaría alguno de los muchos homenajes que se le hicieron a Jover en vida, asistió con regularidad, mientras dedicaba tiempo y esfuerzo a ir completando los encargos que hizo a terceros para la monumental *HEMP*. Pedro Laín y Manuel Espadas, a finales de los ochenta, coordinaron algún volumen, y más tarde lo haría Guadalupe Gómez-Ferrer hasta completarla. En todos esos años de plenitud, la obra de Jover fue haciéndose más grande, más abundante, circulando ágilmente de una a otra entre todas las pistas que cultivó.

Como parte específica de sus tareas en la Real Academia (leyó su discurso sobre «La imagen de la I República en la España de la Restauración» en marzo de 1982, luego reelaborado en *Realidad y mito de la I República. Del «Gran Miedo» meridional a la utopía de Galdós*, 1991), Jover quiso revisar la obra de historiadores españoles de la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX, aprovechando también los materiales para sus conferencias en el Colegio Libre de Eméritos. Una parte importante de esos textos, llenos de erudición y de empatía, los recogería en *Historiadores españoles de nuestro siglo*, publicado por la RAH en 1999. Con éstas y otras proyecciones, desde su jubilación José María Jover recibió un alto reconocimiento externo: los dos primeros doctorados *honoris causa* (Murcia en 1985 y Valencia en 1991), o el premio Menéndez Pelayo en 2000. Bajo esta misma mención había recibido ya otro, precisamente por su tesis muchos años atrás, en 1949. También se le había otorgado el Premio Nacional de Historia por el volumen 34 de la *HEMP* (*La era isabelina y el sexenio democrático, 1834-1874*) en 1981 (el mismo año en que publicara otro de sus trabajos más utilizados en las dos décadas siguientes: «La época de la Restauración: panorama político-social, 1875-1902», capítulo de *Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923)*, a su vez de la Historia de España, en Labor esta vez, dirigida por Tuñón). En cuanto a aquel otro trabajo premiado, el volumen 34, en especial su densa introducción, aún seguimos citándolo como un texto vivísimo.

6. El momento de la jubilación —que viviría con pena— no fue objetivamente de alejamiento de la vida intelectual, ni muchísimo menos. Cuando en 1988 un número de los *Cuadernos de Historia Contemporánea* le rendía homenaje junto a Palacio Atard —jubilado a la vez—, recogía aportaciones de los muchos que habían hablado

antes en un multitudinario acto público, que a los dos complutenses jubilados se les brindó en la Biblioteca Nacional: Fusi, que la dirigía entonces, Cepeda, Cacho, López-Cordón, Sánchez Jiménez, Menchén, De la Torre, A. Fernández, Ruiz de Azúa, Gutiérrez Álvarez, Espadas, Seco y sobre todo Martínez Carreras —que se ocupó de la edición, además de Tusell, Varela Ortega y Santos Juliá, que luego no entregaron ningún texto.

En 1997, cuando aún no había disminuido su capacidad de trabajo, Jover volvería a inaugurar un congreso organizado por aquel mismo Departamento al que tantos años de su vida dedicara, con una conferencia (editada en J. P. Fusi y A. Niño, *Vísperas del 98*, y luego ampliada en el «Epílogo» al tomo 36/2 de la *Historia de España*, 2002) que quiso titular «Aspectos de la civilización española en la crisis de fin de siglo». Jugaba de nuevo con aquel término, «civilización», que habría de ir haciéndose en su interior cada vez más penetrante y poderoso (lo utilizó también en sucesivas reelaboraciones de su manual, ahora ya con colaboradores diferentes), y reaparece igualmente en el título del volumen *Historia y civilización*, con diversas aportaciones de la investidura por Valencia. Un recopilatorio, dicho sea de paso, en el que se hallará muy rica información sobre su obra y su trayectoria, que completa a su vez la, muy emotiva, de la investidura murciana reunida años atrás. Y que además contiene cuatro de sus trabajos fundamentales, escogidos por el propio Jover: «Auge y decadencia de España. Trayectoria de una mitología histórica en el pensamiento español» (1994), texto en el que volvía a introducirse en el siglo XVII; «Por una historia de la civilización española» (1992); «Ramón J. Sender. Biografía y crítica» (1987), y finalmente «Sobre las relaciones internacionales en la transición al siglo XX» (1995).

De un modo u otro, Jover siguió escribiendo todavía después, si bien uno de sus escritos más tardíos, el de la investidura *honoris causa* por la Universidad Carlos III en el otoño de 2003 —su tercer doctorado— no iba a leerlo ya personalmente. En su ausencia, habría de hacerlo Lupe, su mujer. Para todos nosotros, aunque ya lo sintiéramos tan lejos, siempre estaría allí.